



Polo Valiñas, en el Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2016.  
Foto: Andrés Medina Hernández

## Leopoldo José Manuel Valiñas Coalla (1955-2022)

Polo, nos relatas que naciste en el entonces Distrito Federal y que tus padres querían que estudiaras una carrera que te sirviera para hacer dinero. Sin embargo, tu buscaste “algo raro”, por eso ingresaste a la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) con la idea de estudiar arqueología.<sup>1</sup> Perteneces a la generación de 1974, cuando la entonces licenciatura en antropología requería, primero, acreditar un tronco común, para después elegir y titularse en una especialidad. Añades que las materias de lingüística te impactaron profundamente, que llegaste a esta ciencia por razones azarosas, pero afortunadas, y que desde ahí delineaste tu perfil como investigador y como profesor. A partir de algunas asignaturas y del docente que las impartía (como la de “Etnografía antigua de México”, impartida por el lingüista Leonardo Manrique), afirmas haber comprendido una de las características de la lingüística mexicana: su vínculo con la antropología. Nos haces ver que tal característica distingue a nuestra lingüística de la practicada en otros países, donde, en tu opinión, se trata de una ciencia que no es ni social, ni antropológica.

En la década de los ochenta del siglo xx, obtuviste el grado de maestro en la ENAH y tu último paso por las aulas fue en El Colegio de México, donde concluiste tus estudios de doctorado. De tus profesores en el aula, mencionas, entre otros, a Lyle Campbell, Concepción Company Company, Karen Dakin, Josefina García Fajardo, Paulette Levy y Thomas Smith. Complementariamente, considerando al trabajo de campo como un espacio formativo por igual, reconoces tu gran deuda, en particular, con Alfredo Ramírez Celestino (nahua), Floriberto Díaz Gómez (mixe), así como con Reynaldo Balcázar y Encarnación Ciénega (tarahumaras), por todas sus enseñanzas. Pregonas por ello que la verdadera formación del lingüista está en el trabajo de campo, pues ahí se presentan asuntos que hacen disfrutar la continuidad de descubrir realidades lingüísticas insospechadas.

<sup>1</sup> Se recomienda ver en YouTube la entrevista al Mtro. Valiñas, en “Entrevoces de la antropología en México” (21 de enero de 2021), realizada por profesores y alumnos de la licenciatura en antropología (Antropowiki); Centro de Estudios Antropológicos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM (<https://www.youtube.com/watch?v=sKUNu4uUELs>).



En 1976 ingresaste, por concurso, al Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), como ayudante de un proyecto de investigación sobre dialectología nahua dirigido por Yolanda Lastra. Dentro de él, trabajaste el habla de varias comunidades nahuas, entre otras, las más apartadas del centro del país, como las de Durango y las del norte de Veracruz, por ejemplo. Tal experiencia te llevó a sostener que no existe *una* lengua náhuatl y que el devenir de cada una de las lenguas nahuas depende de la vida, los pensamientos y las decisiones de sus hablantes relativas a qué idioma emplear o no emplear en la cotidianidad, así como de la dinámica sociocultural particular de la respectiva localidad en que cada idioma es utilizado. Estos y otros planteamientos no sólo los has defendido durante toda tu vida, sino que los haces explícitos de varias maneras, como en aquella reunión en que los convocantes y la mayoría de los congregados pertenecían al grupo que refiere la “universalidad” de los marcadores honorífico-reverenciales en náhuatl. Entonces tú advertiste que ibas a hablar de una variante de náhuatl “lépero”, porque, si acaso tiene tales marcas, no las emplea como muchos lo suponen.

Tal Instituto es tu residencia académica. Las actividades que ahí informas fueron reflejando tu dominio del náhuatl del Alto Balsas y tus habilidades para la traducción directa e inversa del náhuatl novohispano temprano (pero, preguntaste en una ponencia, “¿Qué tan posible es la traducción del náhuatl al español?”). Enumeras como tus especializaciones, principalmente, las siguientes: lingüística histórica de las lenguas yutoaztecas; morfología y fonología generales; lingüística y educación, planificación, así como alfabetización en lenguas indígenas. Entre las lenguas que trabajas principalmente, figuran: el náhuatl (variantes del Occidente, Costa del Pacífico y Estado de Guerrero, tema de tu tesis de licenciatura); el mixe de Tlahuitoltepec, Oaxaca; el zoque de Chiapas; el tarahumara y la familia yutoazteca del sur; además del español (en torno al cual diste las ponencias “El plural ‘flotante’ en el español mexicano” y “¿De qué español hablamos?”, y sobre el que escribiste el artículo “Las nuevas y viejas letras del español”). Aquello de *principalmente* es aplicable a varias de las especializaciones y lenguas nombradas, pues si bien dices “soy especialista en A y trabajo la lengua B”, tus conocimientos lingüístico-antropológicos llegan, en ambos casos, prácticamente hasta la Z. Entre muchas actividades, a los alumnos de la ENAH de mi generación nos dirigiste trabajos de campo con los amuzgos de Oaxaca; juntos, tú y yo, asistimos a talleres de huichol y mazateco; y nos consta a

quienes te conocemos que, aun en trabajos de aparente “lingüística de superficie”, siempre abordas con un alto grado de profundidad todo idioma que llega a tus oídos. De manera adicional, ahí están tus contribuciones relativas al matlatzinca y a otras lenguas otopames, así como a algunas lenguas que ya no se hablan, como el cuitlateco y varias lenguas yutoaztecas, como el tepecano.

Fuiste invitado a impartir cursos en la ENAH cuando aún eras estudiante en dicha institución. Debo subrayar que quien te invitó no supo la enorme puerta que abrió para que la antropología, así como otras ciencias, tenga en ti a uno de sus más excelsos, creativos y, más que amenos, divertidos profesores. Las docenas (¿centenas?) de personas que hemos sido tus alumnos de lingüística o de alguna otra carrera *aprendimos* y reímos sobradamente en tus clases (sin quitarle el subrayado a *aprendimos*). Muestras de tu chispa son tus ponencias “La norma la norma la norma”, “La realidad tridimensional en dos dimensiones”, “El punto y la raya en la lingüística y la literatura. Recordando a Roman Jakobson”, “Lo vivo y lo no vivo en los animales nahuas”, “El detalle fino y no tan fino en la reconstrucción del proto-tepipmano”, “La dialectología náhuatl y los enredos de la historia” y “Unos quieren ser lingüistas, otros, hacer lingüística”, así como tus escritos “De cómo la lengua y cultura chujes pueden no ser, siendo” y “Sobre letras, creencias y pasiones”. En el ámbito docente, has proporcionado por igual importantes reflexiones relativas al carácter que la lingüística puede (o debe) tener como licenciatura o como materia en la carrera de antropología, dentro de espacios como la UNAM y la ENAH. Nos recuerdas que es redundante calificar la lingüística practicada en México como antropológica. De hecho, siempre has abogado por una licenciatura en *lingüística* sin apellidos, en contraste con el esquema de una “lingüística hispánica”, por lo que complementas: “como si existiera una odontología hispánica” (y en ese sentido en una ponencia preguntabas “¿Existe una lingüística mesoamericana?”). A partir de ello, señalas que en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM no se enseñaba lingüística, sino letras hispánicas. Agregas que ahí la orientación ha comenzado a ser más lingüística y enfatizas que es tonto abordar ciertos tópicos, como la educación, las actitudes lingüísticas o el bilingüismo, sin una perspectiva antropológica. Celebras que hoy en día la UNAM cuente ya con un espacio docente para la antropología, aunque siempre has insistido en que hace falta que en la UNAM todas las licenciaturas incluyan la formación antropológica. Consideras inadecuada la idea de que en carreras como arquitectura o ingeniería no es necesario saber que las personas tienen

culturas diferentes o que no es importante la gente para la que se construyen casas, edificios, puentes y demás. Percibes, pues, grandes tareas que tiene la antropología en toda la UNAM. Es posible que el día de mañana sea mejor comprendida tu ponencia “La lingüística y su empleo en la etnobiología”; o quizá en un futuro próximo pueda llegar la respuesta a tus ponencias “¿Por qué a los antropólogos físicos no les interesa la lingüística?” y “¿Qué tan necesario es el conocimiento lingüístico del etnólogo?”.

Sentiste, desde los inicios de tu carrera, la necesidad de añadir un componente social a tu perfil de investigador-profesor. En ese sentido, por una clase con Marisela Amador en la licenciatura, te involucraste en la alfabetización entre los mixes, tema que desarrollaste en tu tesis de maestría (andando ese camino, te topaste con situaciones que te condujeron a escribir los artículos “Alfabeto o Alfalfa-a-Beto” y “¿Hay alfabetos bilingües-biculturales? Santa Clos y lo bilingüe-bicultural, dos mitos que nadie cree”, y a pronunciar la ponencia “¿Qué enseñar en la educación intercultural?”). Posteriormente, trabajaste en aspectos educativos para los tarahumaras, en Chihuahua, y en el proyecto de elaboración de gramáticas y diccionarios de las lenguas indígenas de Chiapas, donde te ocupaste del zoque. Manifiestas que esas experiencias te generaron frustraciones, impotencia, desesperación y otras tantas sensaciones adversas que inhibieron tus impulsos de lingüista con participación social. Los peores calificativos que hemos escuchado salir de tu boca los has espetado contra el contexto institucional de la educación indígena. Comentas que ésta es solo una de las ventanas por las cuales se ve la postura gubernamental en relación con la población indígena y sus culturas: la negación (sobre este asunto dictaste las conferencias “Presencia de las lenguas indígenas en las instituciones de educación superior; reflexiones sobre su ausencia” y “La realidad lingüística de las lenguas indígenas según las instituciones oficiales”). Así, aseguras que para este siglo XXI ya sólo te has dedicado a la docencia y a la investigación, donde te encaminas a trabajar la historia lingüística de las lenguas tarahumaras, guarijías, huazapares, chínipas, principalmente (tema en el que ya cuentas con avances, como el de la ponencia “El tarahumara y el guarijío también son mucho más que dos”).

Fuiste miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua. Destacas que en dicha corporación sí hay lingüistas (además de otros científicos) y no sólo los consabidos escritores, y la calificas como una agrupación informadora, no sancionadora, como opinas que lo es la Real Academia Española. Observas que la Academia Mexicana toma en cuenta a las lenguas indígenas, lo cual queda patente, entre otras cosas, mediante la publicación que hizo de

tu estudio *Lenguas originarias y pueblos indígenas de México. Familias y lenguas aisladas*, un verdadero aporte a la discusión relativa a la clasificación de las lenguas indígenas de nuestro país, así como a su enumeración, a las estimaciones de su respectiva vitalidad/obsolescencia, y a una de las maneras en que las trata el Estado mexicano (en torno a ese tratamiento, publicaste el escrito “El encanto de los números, las tablas y las lenguas. La cuchara mágica”). Te vimos muy satisfecho por esa obra, respecto de lo cual explicaste que el gusto que sentías no era por un logro personal, sino porque el libro hace evidente el lugar que tienen las lenguas indígenas en la Academia. Adicionalmente, diste un mensaje: este trabajo debe ser puesto a prueba por los nuevos estudiantes, quienes deben enmendar los errores ahí contenidos y mantener actualizado, en todos sentidos, el conjunto de asuntos y materias concomitantes a las lenguas indígenas. Y bueno (o malo), muchos seguimos sin explicarnos por qué renunciaste a dicha institución.

Haces un llamado a ser críticos y alzas la voz, entre otras cosas, al ver que hay antropólogos que no hablan la lengua de la población con que trabajan, hecho que calificas como absurdo. Anotas que son personas que inventan, dado que ni siquiera tienen la capacidad de contar con la visión de los signos con los que piensan sus interlocutores. En torno a ello, tú eres para muchos un paradigma del antropólogo que domina la lengua que estudia y que habla el mismo idioma, literal, de los individuos con que trabaja. Haces por igual otro exhorto, en general a todo antropólogo, a cumplir la ineludible responsabilidad de generar conocimientos rigurosos y coherentes, a la vez que a encontrar los mejores medios para difundirlos. Asocas lo anterior con dos necesidades imperiosas para con la sociedad mexicana: abatir el desconocimiento de los fenómenos antropológicos y derribar los prejuicios lingüísticos. En ninguno de esos casos, ponderas, los problemas se reducen a “lo indígena” ni a sus lenguas. Los describes como cuestiones harto complejas, a la vez que, paradójicamente, cotidianas, como son la imposición de formas de habla y el desconocimiento de la oralidad y la escritura como manifestaciones culturales en sentido antropológico. Una más de esas cuestiones es la incomprensión de que el comportamiento socio-cultural incluye los hábitos lingüísticos, algunos de los cuales se estigmatizan (junto con sus prácticas no verbales) con la etiqueta de la ignorancia. Señalas, además, otras expresiones del poder y la supuesta superioridad hegemónico-monolingüe (asuntos que desfilaron en tus conferencias “La lengua como vehículo discriminador” y “Los tres tristes retos de la oralidad y sus tres imposibles”; así como en tu artículo “¿Qué tan lejano está el mo-

nolingüismo? La lucha entre las lenguas nacionales y las actitudes nacionalistas”; y en un texto en coautoría, “Cuando convertimos la oralidad en dato folclórico”). Lanzas también una invitación abierta a dejarse llevar por la antropología, en especial por la lingüística. Qué mejor si se alcanza a aprender a hablar una lengua indígena (sobre esto, el amable lector puede acercarse a tu artículo “El lingüista ideal”).

Te escuchamos hablar con satisfacción de que jamás te demandaste no haber hecho otra cosa que antropología y lingüística (¡nada más y en qué forma!), especialidad que estudiaste por puro azar y de lo que te sientes muy afortunado. Con el paso del tiempo, viste que fue la decisión vocacional correcta. Por lo que toca al componente de participación social en tu perfil, si bien dejaste de trabajar en la esfera institucional de la educación indígena, tus exalumnos, colegas y muchas personas más valoramos tus clases, tus ponencias, conferencias y publicaciones como una auténtica y significativa contribución a nuestra sociedad. En particular, tus actividades docentes fueron verdaderas cátedras, ámbito en el que estás consagrado como un trascendental maestro (algunos de tus muchos aportes se encuentran en tus conferencias “El silencio de las lenguas indígenas en la Ciudad de México”, “La escuela en el medio indígena debería ser monolingüe y universal”, “¿Por qué es necesaria la regularización o estandarización de la escritura?”, “Análisis de los conceptos fundamentales sobre educación indígena”, “Sociolingüística, entre el encanto y el encantador” y “Lo tangible y recuperable y lo intangible irrecuperable de las lenguas nacionales de México”; tanto como en el artículo “Las letras dominadas y los libros de Babel”). Finalmente, nos compartes tu optimismo en relación con el futuro de las lenguas indígenas, fundado en el engrosamiento de la intelectualidad indígena. También te anima el percibir que la conciencia antropológica se encuentra en expansión y que la licenciatura en antropología sí tiene estudiantes, lo que constituye el mejor indicador del interés en ella. Además, te entusiasma que cada día son más los propios indígenas que participan en ello. Y aquí estás para continuar tus investigaciones y actividades docentes por estas mismas causas y caminos, ¿no es así, Polo? Polo... ¡Polo!

E. Fernando NAVA L.  
Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM  
Academia Mexicana de la Lengua